

UN CUENTO INEDITO DE

THEODORE STURGEON

LA FICCION COMO CIENCIA DEL HOMBRE

"Sturgeon es un duende lúcido que ha buscado refugio debajo de un puente, con pluma rápida y papel blanco, y que escucha, sobre su cabeza, los truenos de un mundo intemporal... A medianoche, sus vísceras bañan en una increíble luz fosforescente todos los objetos cercanos." A su manera poética, Ray Bradbury —a quien el tiempo concedió, por estos arrabales sudamericanos, la capitanía de la ciencia ficción— definió así, alguna vez, a Theodore Sturgeon, el hombre que agitó las aguas del género en 1954, cuando publicó "Más que humano" (editado aquí por Sudamericana), novela que obtuvo el International Fantasy Award y una larga cadena de lectores incondicionales. Con esa novela, y "Los Cristales soñadores" —escrita en 1950, también editada por Sudamericana—, se agotaba en la Argentina la posibilidad de leer a Sturgeon. Uno de sus libros de cuentos, "Caviar" —del que se adelanta un cuento—, será puesto próximamente en el mercado local por Ultramar Editores. El caviar es, en su versión auténtica, el huevo del esturión. Y Sturgeon, en inglés, significa casualmente eso: esturión. Un título circular para un libro en el que Sturgeon, buscando el drama central de cada personaje, borra las fronteras de los géneros, y muestra que se puede hacer literatura desde los puntos de vista más inesperados. En la contratapa, el crítico norteamericano Donald L. Lawler —de la East Carolina University— se apoya en algunos textos para trazar el mapa del extraño universo de Sturgeon.



SOM CHIN

Por Theod

Habia pasado mucho, mucho tiempo, desde la hora de acostarse y Bobby estaba dormido, soñando con un país donde había mariposas negras y un perro con hocico adormilado que tenía los dientes de goma que no podían hacer daño. Era un lugar oscuro y acogedor, cuyos límites eran borrosos y suaves y que se podían mover y ensancharse por donde quisiera si Bobby lo quisiera.

Pero, de pronto, apareció un rayo brillante de luz y se lo tragó todo. Todo menos la suave sombra de la blanca pared de al lado de la puerta: allí, *siempre* vivía alguien. Era que Mami Given entraba en el cuarto y, tras ella, estaba el rastro brillante del pasillo iluminado. Hizo girar el conmutador, aquel tan alto que Bobby no podía alcanzar, y la lámpara de la habitación se encendió cruel. Mami Given, que había parecido como de cartón y compuesta de platos triangulares y oscuros, con bordes iluminados por la luz del pasillo, parecía entonces la Mami Given de todos los días.

Su cabellera era ancha y su barbilla estrecha; sus espaldas eran anchas y su cintura estrecha; sus caderas eran anchas y su falda estrecha. Debajo de todo ello estaban las recias piernas como bastones de seda. Sus brazos colgaban al extremo de sus anchos hombros y se mantenían tiesos y sin codo mientras andaba. Nunca movía sus brazos al andar. Nunca los movía ni por pienso, a menos que necesitara hacer algo con ellos.

—¿Estás despierto?

Su voz era dura, ancha, igual y también segura.

—Estaba dormido —dijo Bobby.

—No me repliques. Levántate.

Boby se sentó y se frotó los ojos:

—¿Papi está?

—Tu padre no está en casa. Ha salido. No volverá en todo el día y puede que en dos. Así que no hace falta que des alaridos llamándole.

—No iba a dar alaridos para llamarle, Mami Given.

—Está bien, entonces. Levántate.

Bobby se levantó, sorprendido. Su pelele de franela le crubría desde las espaldas hasta la planta de los pies bien abrigados. Se dio cuenta de que estaba despeinado.

—Ve a buscar tus juguetes, Bobby.

—¿Qué juguetes, Mami Given?

La voz vibraba como la ropa húmeda tendida en un día de vendaval.

—¡Todos tus juguetes!

Se fue al cajón de sus cosas y empezó a levantar la tapa. Se paró, dio la vuelta y se quedó mirándola. Las manos de Mami Given colgaban a sus lados, tan tiesas e inexpresivas como sus ojos horizontales bajo la sombra de sus cejas. El se inclinó en la caja: salieron Gulliver y Pinocho y otros tesoros. Salió la estrellita giratoria y mohosa del viejo fonógrafo, el huevo de azúcar rajado con la niña atisbando en él, el caleidoscopio de cartón y el juego de magia con sus siete anillos plateados que hacían un truco que él no sabía hacer; pero que papito manejaba tan ricamente. Lo tomó todo y lo dejó en el suelo.

—¡Aquí! —dijo Mami Given, moviendo uno de sus rígidos brazos en línea recta y señalando a sus pies con el índice prolongado en una raya tiesa. El recogió sus juguetes y se los fue llevando, uno a uno, hasta que estuvieron todos allí.

—Ordénalos bien —murmuraba ella.

Ella se inclinó en el centro, ancha y negra como la puerta de un garaje, y bajara los tesoros con los juguetes, de modo que la pila esparcida se convirtió en un montón cuadrado.

—Tráete el resto —dijo.

El miró dentro del cajón y sacó la pizarra enmarcada en madera, y la revuelta caja de lápices, su libro de cuentas y una vieja candela: esto era todo en cuanto al cajón de los juguetes. En el armario había unos diminutos guantes de boxeo, una raqueta de tenis con las cuerdas rotas y un viejo ukelele sin cuerda alguna. Se lo llevó todo y ella lo fue colocando junto con lo demás.

—También esas cosas —dijo. Y, por fin, se dobló su codo para señalar a su alrededor.

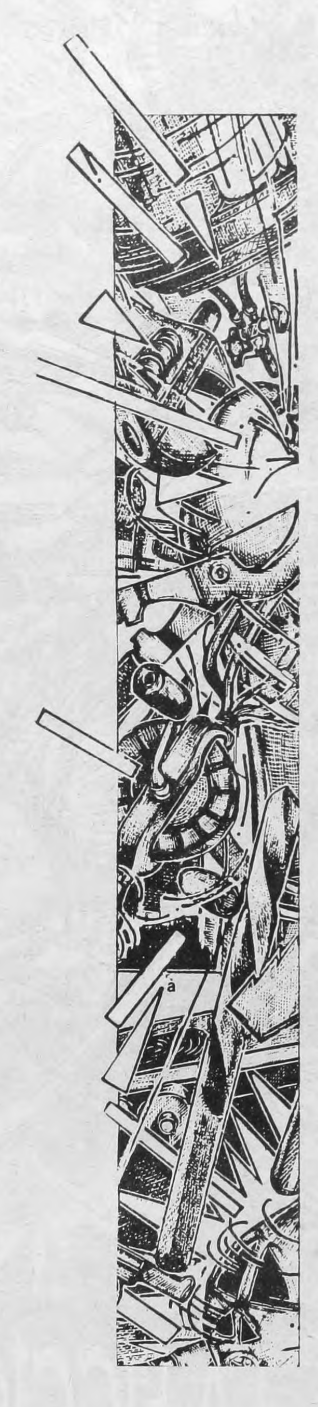
De la coqueta salieron las dos ardillas y el mono que papi había tallado; el pedacito cuadrado de vidrio que había encontrado en Henry Street; la campana de una maquinaria de relojería, que sonaba como el reloj de la iglesia, y el reloj roto que Jerry había dejado en el porche la semana pasada.

Bobby llevó todo aquello a Mami Given.

—¿Es que va usted a mudarme de habitación?

—No. No se trata de eso.

Mami Given tomó el curioso montón de juguetes y lo levantó con sus brazos. La campanilla se cayó y resonó en el suelo, rebotó y empezó a correr trazando un círculo inclinado.



—Recógela —dijo Mami Given.

Bobby la alcanzó y se la entregó. Ella se agachó hasta que él pudo ponerla encima de la pila, bien sujeta entre la raqueta y la caja de lápices. Mami Given no dijo ni gracias; pero salió por la puerta, dejando a Bobby plantado, contemplándola. Oyó sus pesados pies arrastrándose por el vestíbulo y el topetón de su rodilla al empujar la puerta del cuarto de los invitados. Hubo otro ruido característico al soltar el montón de juguetes sobre la cama, la única, que tenía una tela azul polvorienta cubriendo el colchón. Luego volvió.

—¿Por qué no estás en cama? —Dio una palmada. Sus manos sonaban secas, como bastones que se rompieran. Asustado, se metió en el lecho y se subió el embozo hasta la barbilla. Antes había siempre alguien que, cuando él hacía eso, tenía una palmadita cariñosa y una palabrita tierna; pero esto no ocurría desde hacía mucho tiempo. Permaneció con los ojos abiertos a la luz, mirando a Mami Given.

—Has sido malo —dijo—. Has roto una ventana del cobertizo y has dejado rastros de barro en la cocina. Has sido chillón y desaliñado. Por esto te quedarás en tu cuarto, sin juguetes, hasta que te dé permiso para salir. ¿Me comprendes?

—Sí —dijo. Y añadió rápido, porque se acordó a tiempo—: Sí, señora.

Sin prevenirle, apagó la luz, y él se quedó sorprendido, por la oscuridad, ciego. Pero, de nuevo, apareció en la habitación aquella estría de luz en el rincón sombrío, en el ángulo de la pared, cerca de la puerta. Allí, siempre había algo moviéndose.

Luego ella salió, dando un portazo para cerrar, dejando la oscuridad y llevándose la luz, y no quedó más que una línea polvorienta, como una alfombra amarilla debajo de la puerta. Bobby separó la vista de allí, y en un momento, nada más que en un momento, se encontró mezclado con sus imágenes de sombras: allí permanecían el chucho de colmillos de goma y las jugosas y negras mariposas.

A veces las mariposas permanecían allí, pero generalmente se marchaban en cuanto él se movía. O quizá se transformaban en algo distinto. Sea lo que fuere, a él le gustaba aquel lugar donde vivían y le hubiera agradado estar allá en el país de las sombras. Un momento antes de dormirse las vio moverse en la lisa pared, cerca de la puerta. Les sonrió y se quedó dormido.

Se despertó muy temprano. Tanto, que todavía no se percibía el aroma del café que subía desde abajo. En una esquina de la pared, blanca, estaba esperándole una rudimentaria muestra de un sol amarillo, formando un cuadro ladeado. Saltó de la cama y se fue hacia él. Bañó sus manos en la luz y se agachó en el suelo, apoyándose en sus delgados brazos.

—Ahora —dijo.

Cruzó los pulgares y, suavemente, agitó las manos. En la pared apareció una negra mariposa moviendo las alas. Bobby exclamó:

—Buenos días, mariposita.

La hizo saltar como si contestara. La hacía girar y la dejaba quieta en el fondo del rayo de luz, levantando ahora una, ahora otra, sus dos aítas hasta que se juntaban. De pronto, separaba una mano, arremangaba la manga de un pelele y, ¡paf!, aparecía un pato con su largo cuello.

—¡Grazna! —le decía Bobby imperativo.

Y el pato, cortésmente, abría el pico y estiraba la cabeza para graznar. Bobby le abarquillaba el pico hasta que lo convertía en un águila. No sabía qué clase de chillido lanzaban las águilas, de modo que le dijo:

—Agula, águila; agula, águila. —Esto sonaba bien y le hacía reír.

Estaba riendo cuando, de pronto, se abrió violentamente la puerta y apareció Mami Given, embuchada en su bata blanca de baño y en sus zapatillas.

—¿Con qué estás jugando?

Bobby levantó sus manos vacías.

—Estaba...

Mami avanzó dos pasos:

—Levántate —dijo.

Tenía los labios lívidos. Bobby se levantó preguntándose por qué estaría enojada.

—Te he oído reír —dijo con una especie de murmullo sibilante. Le miró de arriba abajo y examinó el suelo a su alrededor. Repitió—: ¿Con qué estabas jugando?

Y Bobby dijo:

—Con un águila.

—¿Con qué? Dime la verdad.

Bobby hizo revolotear sus manos vacías de manera imprecisa, evitando mirarla: tenía una cara tan enfadada... Ella avanzó, lo pilló y con su pesada mano le apretó la muñeca. Le levantó tanto el brazo que él se quedó de puntillas, mientras ella le cacheaba con la otra mano, a diestra y siniestra.

—Me escondes algo. ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Dónde has metido aquello con lo que estabas jugando?

—Nada. De veras, de veras que no tengo nada —balbucía Bobby mientras ella le zarandeaba y palpaba.

Porque Mami no pegaba. Nunca pegaba: hacía otras cosas.

—Estás castigado —dijo en un murmullo desagradable—. Imbécil, más que imbécil. Ni siquiera te das cuenta de que estás castigado.

Le dejó caer con un empujón y se dirigió a la puerta.

—Que no vuelva a oír tus risitas. Has sido malo y no te he dejado en este cuarto para que te diviertas; aquí te quedas, y piensa en lo malo que has sido rompiendo ventanas, manchando con el barro y mintiendo.

Salió y cerró la puerta con tanta precisión que pareció un portazo silencioso. Bobby miró hacia la puerta y pensó un momento en aquella ventana rota. Lo había sentido de veras: la cosa ocurrió porque la pelota de golf rebotó demasiado fuerte. Papi le había advertido que tenía que andarse con cuidado y él le había contemplado compungido mientras colocaba un cristal nuevo. Luego papito le había dado un poco de masilla para que jugara con ella y le había dicho que no volviera a ocurrir, y él juró que no volvería a hacerlo. Entonces, Mami Given se había callado, la jodida. Sólo le había mirado muchas veces con sus ojos y con su boca fría y dura, y él sabía que estaba esperando. Estaría esperando hasta que papaíto se hubiera marchado.

Pero Bobby volvió a su rayo de luz, y olvidó todo lo referente a Mami Given.

En cuanto hubo hecho otra mariposa, y una cabeza de perro y un lagarto sobre la pared, el rayo de luz se hizo tan delgado que no cabía en él otra cosa que pequeños deditos de sombra que bajaban y subían, como hacen las hormiguitas por los tallos de las plantas. Pronto desapareció del todo el rayo de luz y entonces él se sentó en el borde la cama y esperó la vaga presencia de algo que vivía en la pared más lejana. Era cierta cosa *distinta* a las demás. No era nada ni bueno ni malo. Vivía allí, lo que la diferenciaba de las otras cosas, como las mariposas, el perro, los patos y las águilas; era que vivía allí sin que necesitara de sus manos para que viviese. La cosa se



SOMBRAS CHINESCAS

Por Theodore Sturgeon

Había pasado mucho, mucho tiempo, desde la hora de acostarse y Bobby estaba dormido, soñando con un país donde había mariposas negras y un perro con hocico adormilado que tenía los dientes de goma que no podían hacer daño. Era un lugar oscuro y acogedor, cuyos límites eran borrosos y suaves y que se podían mover y ensancharse por donde quisiera si Bobby lo quisiera.

Pero, de pronto, apareció un rayo brillante de luz y se lo tragó todo. Todo menos la suave sombra de la blanca pared de al lado de la puerta: allí, *siempre* vivía alguien. Era que Mami Given entraba en el cuarto y, tras ella, estaba el rastro brillante del pasillo iluminado. Hizo girar el conmutador, aquel tan alto que Bobby no podía alcanzar, y la lámpara de la habitación se encendió cruel. Mami Given, que había parecido como de cartón y compuesta de platos triangulares y oscuros, con bordes iluminados por la luz del pasillo, parecía entonces la Mami Given de todos los días.

Su cabellera era ancha y su barbilla estrecha; sus espaldas eran anchas y su cintura estrecha; sus caderas eran anchas y su falda estrecha. Debajo de todo ello estaban las recias piernas como bastones de seda. Sus brazos colgaban al extremo de sus anchos hombros y se mantenían tiesos y sin codo mientras andaba. Nunca movía sus brazos al andar. Nunca los movía ni por pienso, a menos que necesitara hacer algo con ellos.

—¿Estás despierto?

Su voz era dura, ancha, igual y también segura.

—Estaba dormido —dijo Bobby.

—No me repliques. Levántate.

Boby se sentó y se frotó los ojos:

—¿Papi está?

—Tu padre no está en casa. Ha salido. No volverá en todo el día y puede que en dos. Así que no hace falta que des alaridos llamándole.

—No iba a dar alaridos para llamarle, Mami Given.

—Está bien, entonces. Levántate.

Bobby se levantó, sorprendido. Su pelele de franela le crubría desde las espaldas hasta la planta de los pies bien abrigados. Se dio cuenta de que estaba despeinado.

—Ve a buscar tus juguetes, Bobby.

—¿Qué juguetes, Mami Given?

La voz vibraba como la ropa húmeda tendida en un día de vendaval.

—¡Todos tus juguetes!

Se fue al cajón de sus cosas y empezó a levantar la tapa. Se paró, dio la vuelta y se quedó mirándola. Las manos de Mami Given colgaban a sus lados, tan tiesas e inexpresivas como sus ojos horizontales bajo la sombra de sus cejas. El se inclinó en la caja: salieron Gulliver y Pinocho y otros tesoros. Salió la estrellita giratoria y mohosa del viejo fonógrafo, el huevo de azúcar rajado con la niña atisbando en él, el caleidoscopio de cartón y el juego de magia con sus siete anillos plateados que hacían un truco que él no sabía hacer; pero que papito manejaba tan ricamente. Lo tomó todo y lo dejó en el suelo.

—¡Aquí! —dijo Mami Given, moviendo uno de sus rígidos brazos en línea recta y señalando a sus pies con el índice prolongado en una raya tiesa. El recogió sus juguetes y se los fue llevando, uno a uno, hasta que estuvieron todos allí.

—Ordénalos bien —murmuraba ella.

Ella se inclinó en el centro, ancha y negra como la puerta de un garaje, y bajara los tesoros con los juguetes, de modo que la pila esparcida se convirtió en un montón cuadrado.

—Tráete el resto —dijo.

El miró dentro del cajón y sacó la pizarra enmarcada en madera, y la revuelta caja de lápices, su libro de cuentas y una vieja candela: esto era todo en cuanto al cajón de los juguetes. En el armario había unos diminutos guantes de boxeo, una raqueta de tenis con las cuerdas rotas y un viejo ukelele sin cuerda alguna. Se lo llevó todo y ella lo fue colocando junto con lo demás.

—También esas cosas —dijo. Y, por fin, se dobló su codo para señalar a su alrededor.

De la coqueta salieron las dos ardillas y el mono que papi había tallado; el pedacito cuadrado de vidrio que había encontrado en Henry Street; la campana de una maquinaria de relojería, que sonaba como el reloj de la iglesia, y el reloj roto que Jerry había dejado en el porche la semana pasada.

Bobby llevó todo aquello a Mami Given.

—¿Es que va usted a mudarme de habitación?

—No. No se trata de eso.

Mami Given tomó el curioso montón de juguetes y lo levantó con sus brazos. La campanilla se cayó y resonó en el suelo, rebotó y empezó a correr trazando un círculo inclinado.

—Recógela —dijo Mami Given.

Bobby la alcanzó y se la entregó. Ella se agachó hasta que él pudo ponerla encima de la pila, bien sujeta entre la raqueta y la caja de lápices. Mami Given no dijo ni gracias; pero salió por la puerta, dejando a Bobby plantado, contemplándola. Oyó sus pesados pies arrastrándose por el vestíbulo y el topetón de su rodilla al empujar la puerta del cuarto de los invitados. Hubo otro ruido característico al soltar el montón de juguetes sobre la cama, la única, que tenía una tela azul polvorienta cubriendo el colchón. Luego volvió.

—¿Por qué no estás en cama? —Dio una palmada. Sus manos sonaban secas, como bastones que se rompieran. Asustado, se metió en el lecho y se subió el embozo hasta la barbilla. Antes había siempre alguien que, cuando él hacía eso, tenía una palmadita cariñosa y una palabrita tierna; pero esto no ocurría desde hacía mucho tiempo. Permaneció con los ojos abiertos a la luz, mirando a Mami Given.

—Has sido malo —dijo—. Has roto una ventana del cobertizo y has dejado rastros de barro en la cocina. Has sido chillón y desaliñado. Por esto te quedarás en tu cuarto, sin juguetes, hasta que te dé permiso para salir. ¿Me comprendes?

—Sí —dijo. Y añadió rápido, porque se acordó a tiempo—: Sí, señora.

Sin prevenirle, apagó la luz, y él se quedó sorprendido, por la oscuridad, ciego. Pero, de nuevo, apareció en la habitación aquella estría de luz en el rincón sombrío, en el ángulo de la pared, cerca de la puerta. Allí, siempre había algo moviéndose.

Luego ella salió, dando un portazo para cerrar, dejando la oscuridad y llevándose la luz, y no quedó más que una línea polvorienta, como una alfombra amarilla debajo de la puerta. Bobby separó la vista de allí, y en un momento, nada más que en un momento, se encontró mezclado con sus imágenes de sombras: allí permanecían el chucho de colmillos de goma y las jugosas y negras mariposas.

A veces las mariposas permanecían allí, pero generalmente se marchaban en cuanto él se movía. O quizá se transformaban en algo distinto. Sea lo que fuere, a él le gustaba aquel lugar donde vivían y le hubiera agradado estar allá en el país de las sombras. Un momento antes de dormirse las vio moverse en la lisa pared, cerca de la puerta. Les sonrió y se quedó dormido.

Se despertó muy temprano. Tanto, que todavía no se percibía el aroma del café que subía desde abajo. En una esquina de la pared, blanca, estaba esperándole una rudimentaria muestra de un sol amarillo, formando un cuadro ladeado. Saltó de la cama y se fue hacia él. Bañó sus manos en la luz y se agachó en el suelo, apoyándose en sus delgados brazos.

—Ahora —dijo.

Cruzó los pulgares y, suavemente, agitó las manos. En la pared apareció una negra mariposa moviendo las alas. Bobby exclamó:

—Buenos días, mariposita.

La hizo saltar como si contestara. La hacía girar y la dejaba quieta en el fondo del rayo de luz, levantando ahora una, ahora otra, sus dos aîtas hasta que se juntaban. De pronto, separaba una mano, arremangaba la manga de un pelele y, ¡paf!, aparecía un pato con su largo cuello.

—¡Grazna! —le decía Bobby imperativo.

Y el pato, cortésmente, abría el pico y estiraba la cabeza para graznar. Bobby le abarquillaba el pico hasta que lo convertía en un águila. No sabía qué clase de chillido lanzaban las águilas, de modo que le dijo:

—Agula, águila; agula, águila. —Esto sonaba bien y le hacía reír.

Estaba riendo cuando, de pronto, se abrió violentamente la puerta y apareció Mami Given, embuchada en su bata blanca de baño y en sus zapatillas.

—¿Con qué estás jugando?

Bobby levantó sus manos vacías.

—Estaba...

Mami avanzó dos pasos:

—Levántate —dijo.

Tenía los labios lívidos. Bobby se levantó preguntándose por qué estaría enojada.

—Te he oído reír —dijo con una especie de murmullo sibilante. Le miró de arriba abajo y examinó el suelo a su alrededor. Repitió—: ¿Con qué estabas jugando?

Y Bobby dijo:

—Con un águila.

—¿Con qué? Dime la verdad.

Bobby hizo revolotear sus manos vacías de manera imprecisa, evitando mirarla: tenía una cara tan enfadada... Ella avanzó, lo pilló y con su pesada mano le apretó la muñeca. Le levantó tanto el brazo que él se quedó de puntillas, mientras ella le cacheaba con la otra mano, a diestra y siniestra.

—Me escondes algo. ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Dónde has metido aquello con lo que estabas jugando?

—Nada. De veras, de veras que no tengo nada —balbucía Bobby mientras ella le zarandeaba y palpaba.

Porque Mami no pegaba. Nunca pegaba: hacía otras cosas.

—Estás castigado —dijo en un murmullo desagradable—. Imbécil, más que imbécil. Ni siquiera te das cuenta de que estás castigado.

Le dejó caer con un empujón y se dirigió a la puerta.

—Que no vuelva a oír tus risitas. Has sido malo y no te he dejado en este cuarto para que te diviertas; aquí te quedas, y piensa en lo malo que has sido rompiendo ventanas, manchando con el barro y mintiendo.

Salió y cerró la puerta con tanta precisión que pareció un portazo silencioso. Bobby miró hacia la puerta y pensó un momento en aquella ventana rota. Lo había sentido de veras: la cosa ocurrió porque la pelota de golf rebotó demasiado fuerte. Papi le había advertido que tenía que andarse con cuidado y él le había contemplado compungido mientras colocaba un cristal nuevo. Luego papito le había dado un poco de masilla para que jugara con ella y le había dicho que no volviera a ocurrir, y él juró que no volvería a hacerlo. Entonces, Mami Given se había callado, la jodida. Sólo le había mirado muchas veces con sus ojos y con su boca fría y dura, y él sabía que estaba esperando. Estaría esperando hasta que papaíto se hubiera marchado.

Pero Bobby volvió a su rayo de luz, y olvidó todo lo referente a Mami Given.

En cuanto hubo hecho otra mariposa, y una cabeza de perro y un lagarto sobre la pared, el rayo de luz se hizo tan delgado que no cabía en él otra cosa que pequeños deditos de sombra que bajaban y subían, como hacen las hormiguitas por los tallos de las plantas. Pronto desapareció del todo el rayo de luz y entonces él se sentó en el borde la cama y esperó la vaga presencia de algo que vivía en la pared más lejana. Era cierta cosa *distinta* a las demás. No era nada ni bueno ni malo. Vivía allí, lo que la diferenciaba de las otras cosas, como las mariposas, el perro, los patos y las águilas; era que vivía allí sin que necesitara de sus manos para que viviese. La cosa se estaba quieta. Algún día él también sabría hacer algo, una mariposa, un perro o un caballo, que se quedara allí quieto cuando él quitara las manos. Entretanto, lo único que permanecía, lo único que vivía en el país de las sombras, era esta cosa que fluctuaba allí, donde las dos paredes se juntaban en el techo.

—Voy a ir ahí y jugaré contigo —le dijo Bobby—. Ya verás.

En el patio había un cajón con tres ruedas y un árbol nudoso en el que era fácil encaramarse. Jerry vino y llamó durante largo tiempo. Pero Mami Given le despidió.

—Ha sido malo —dijo. Y Jerry se fue.

Malo, malo, malo... Era curioso cómo las cosas se habían vuelto malas desde que papaíto se casó con Mami Given. Mami Given no quería a Bobby. ¡Bueno! Tampoco Bobby la quería, a Mami Given. Papito decía a veces a las personas mayores que Bobby estaba mucho mejor con alguien que le cuidara. Bobby recordaba los tiempos en que lo decía con un brazo alrededor de los hombros de Mami Given, y una voz alegre. Recordaba, después, cuando papá lo decía andando de una parte a otra de la habitación, con una voz triste que parecía significar "lo siento". Y ahora, desde hacía mucho tiempo, papito ya no lo decía nunca.

Bobby, sentado en el borde la cama, canturreaba pensando en estas cosas, y también canturreaba sin pensar en nada absolutamente. Descubrió una mariquita que trepaba por la coqueta y le cerró con astucia el camino interceptándoselo con el índice y el pulgar, de modo que, ella misma, se metió en su mano. A veces, si se la toma entre los dedos, revienta. Se fue al antepecho de la ventana y buscó hasta encontrar el pequeño agujero de la persiana que podía haber empleado la mariquita para entrar. La dejó que se paseara por la persiana y la dirigió hacia el agujero. Voló, feliz, hacia el exterior.

La habitación estaba inundada por una luz cálida y apagada que reflejaba el techo negro y reluciente del cobertizo. De modo que no podía hacer ninguna figura en el país de las sombras y estuvo haciéndolas en su cabeza hasta que se sintió soñoliento. Entonces se echó en la cama y canturreó hasta que se quedó dormido. Y todo el rato, aquella cosa rara del ángulo de la pared fluctuó, se movió y estuvo viva.

Al anochecer volvió Mami Given. Bobby pudo oírla subir las escaleras, de modo que cuando abrió la puerta del cuarto oscuro, ya estaba sentado en la cama frontándose los ojos.

El techo brilló.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que dormía. ¿Es ya de noche?

—Pronto. ¿Tienes hambre?

—Mmmm...

—¿Qué manera de responder es ésta? —regañó.

—Sí, señora; tengo hambre, Mami Given —dijo rápidamente.

Llevaba un plato tapado.

—Esto ya está mejor. Vamos a ver. —Empujó el plato hacia él. Bobby lo tomó y quitó el plato que servía de tapadera, poniéndolo debajo. Gachas. Lo miró y luego la miró a ella.

—¿Bueno?

—Gracias, Mami Given. —Empezó a comer sirviéndose de la cuchara que encontró entre aquel amasijo gris castaño. No tenía azúcar.

—Supongo que esperas a que vaya a buscarte el azúcar —dijo ella al cabo de un rato.

—No... —dijo sinceramente, y se preguntó por qué su cara se habría puesto tan triste.

—¿Qué has estado haciendo durante todo el día?

—Nada. Primero jugué y luego me quedé dormido.

—Pequeño zángano —le chilló de repente—. ¿Qué pasa contigo? ¿Eres demasiado estúpido para tener miedo? ¿Eres tan tonto que ni me pides que te deje bajar las escaleras? ¿Es que no sabes ni llorar? ¿Por qué no lloras?

El la contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Si se lo hubiese pedido, tampoco me hubiese usted dejado bajar... —dijo—. Por eso no se lo he pedido. —Llenó su cuchara de comida—. Y no tengo ganas de llorar, Mami Given; no me duele nada.

—Eres malo, estás castigado y debería dolerte —dijo indignada. Apagó la luz con un golpe de su mano fuerte y dura y salió dando un portazo.

Bobby volvió a permanecer a oscuras y deseó poder ir al país de las sombras tal como había soñado. Se iría allí a jugar con las mariposas y los perros y las jirafas de felpa con dientes enroscados, y allí se quedaría él, sin que Mami Given pudiese entrar jamás. Sólo que papito tampoco podría venir y tampoco Jerry, y esto le daba mucha pena.

Saltó silencioso de la cama y miró un momento a la pared cerca de la puerta. Seguro que casi podía ver la cosa fluctuante que vivía allí, pese a la oscuridad. Cuando había luz, fluctuaba una sombra oscura, más oscura que la luz. Por la noche, fluctuaba una sombra más luminosa que la oscuridad. Siempre estaba allí y Bobby sabía que estaba viva. Lo sabía tan cierto como "que me llamo Bobby" y que "Mami Given no me quiere".

Quedamente, con mucho cuidado, fue de puntillas hasta el otro lado de la habitación, donde había una lamparilla de velador. La bajó y la puso cuidadosamente en el suelo. La desenchufó y pasando el cable por debajo de la alfombra que había junto a la mesa, lo extendió tirante a través del piso, hasta el enchufe de la pared, donde la conectó de nuevo. Así podía mover la lámpara, dentro del cuarto, casi hasta el centro.

La lámpara tenía una pantalla redonda que quedaba abierta en su parte superior. Inclinándola sobre un costado, la sombra dirigía su extremo abierto hacia la pared blanca del lado de la puerta. Bobby, con la seguridad de su larga práctica, se dirigió en la oscuridad hacia su armario y extrajo de su percha la bata de franela de baño, que era de color rojo oscuro. La plegó y la arregló de modo que tapara el extremo inferior de la pantalla y encendió la lámpara. En el país de las sombras apareció un brillante disco de luz cruzado tan sólo por las cuatro aristas que sujetaban la pantalla. Había un punto oscuro en el centro, donde se encontraban. Bobby lo examinó concienzudamente. Entonces, acurrucándose entre la lámpara y la pared, sacó la mano.

—Un pato, guá, guá —musitó.

—Un águila. Aguila, agula; agula, águila —dijo apagadamente.

—Un lagarto. Bap, bap.

Hizo el lagarto que abría y cerraba su largo hocico.

Apartó las manos y estudió la redonda y enrejada claridad en la pared. La sombra borrosa del centro y sus líneas radiales le parecían un bicho de esos de agua, que llaman tejedores y que pueden andar sobre la superficie de los arroyos. Pronto le parecieron aburridos. Estaban allí, sin hacer nada. Se metió el pulgar en la boca y lo chupó hasta que se le ocurrió una idea. Entonces se fue al lecho, debajo del cual encontró sus zapatillas. Puso una en el suelo ante la lámpara y apoyó la otra con la punta levantada en ella. Miró hacia la pared gravemente durante un rato y luego se echó en el suelo, boca abajo. Mirando cuidadosamente la sombra, puso sus codos juntos sobre la alfombra, juntó los brazos y unió la sombra de sus manos con la sombra de las zapatillas.

El resultado le encantó. Se parecía a una araña y a un gorila. Era algo nuevo que nunca nadie había visto. Torció los dedos y los mantuvo así. Ahora la cabeza de la cosa estaba llena de bultos y tenía unos ojos triangulares luminosos y una mandíbula que oscilaba bostezando. Tenía largos brazos que se extendían y un delicado conjunto de tentáculos.

A la más pequeña indicación, se movía jugueteando con la cabezota y le hacía guiños. Al mirarlo se dio cuenta de que, de pronto, la cosa fluctuante que vivía en el ángulo superior de la pared se había escurrido y bajado hacia la bestia que él había creado, acercándose más y más hasta que, ¡diablos!, llegó a fundirse, sin meter ruido, con la misma bestia. Fue algo tan rápido y total como la fusión de dos gotas de lluvia en el cristal de una ventana.

Bobby movía los brazos, encantado:

—¡Para, para! —suplicaba—. Detente ahí. ¡Te acariciaré! ¡Te daré cosas buenas para comer! Por favor, para, *¡por favor*!

La cosa le miraba. Creyó que iba a detenerse, pero no se atrevía a mover las manos todavía.

Se oyó el ruido al abrirse la puerta y el golpe seco del conmutador eléctrico: la habitación quedó inundada por una explosión de luz.

—¿Qué estás haciendo?

Bobby se quedó helado, con los codos sobre la alfombra ante sí, los antebrazos unidos y las manos retorciéndose extrañamente. Apoyó la barbilla sobre el hombro y así pudo mirarla, mientras ella permanecía de pie allí, tiesa y amenazadora.

—Estaba, estaba solamente...

Se agachó hacia él. Lo agarró, levantándolo del suelo, y lo tiró sobre la cama. De una patada esparció las zapatillas. Levantó la lámpara tirando del cordón de la pared mientras decía con voz sibilante:

—Tenías prohibidos los juguetes. Esto quería decir que no podías inventarte ninguno. Y por haber hecho esto, te quedarás aquí... ¿Qué estás mirando?

Bobby extendió las manos y las puso juntas, manteniéndolas estáticamente unidas. Sus ojos centelleaban y sus pequeños y blancos dientes se asomaron para poder ver de qué se estaba sonriendo Bobby.

—¡Se ha parado! ¡Lo he hecho! ¡Se ha parado! —dijo Bobby.

—No sé de lo que me hablás y no voy a quedarme para averiguarlo —dijo Mami Given—. Creo que estás loco. —Se fue y cerró la luz.

La habitación quedó a oscuras, a excepción de la pared blanca, cerca de la puerta.

Mami Given dio un alarido.

Bobby se tapó los ojos.

Mami Given volvió a gritar, ahora roncamente. Era un sonido como el ladrido de un perro, pero más y más prolongado.

Hubo un largo silencio. Bobby, a través de sus dedos, miró hacia la pared, que resplandecía opaca. Bajó sus manos, se sentó muy tieso, levantó las rodillas hasta el pecho y pasó los brazos a su alrededor.

—¡Vaya! —dijo.

Se oyeron unos pasos que subían las escaleras.

—¡Given! ¡Given!

—¡Hola, papito!

Papaíto entró, encendiendo la luz.

—¿Dónde está Mami Given? Bob, hijo mío, ¿qué ha ocurrido? He oído un...

Bobby señaló la pared.

—Está allí dentro —dijo.

Papaíto no le comprendió, de modo que se volvió y corrió hacia la puerta gritando:

—¡Given! ¡Given!

Bobby seguía sentado, contemplando la sombra diluida de la pared, absolutamente visible, pese al destello de luz de la lámpara del techo. La sombra seguía moviéndose y moviéndose. Era un triángulo con el vértice hacia abajo, introducido también en un triángulo con el vértice hacia abajo, que estaba montado sobre un tercero y, por dentro, estaban los dos fuertes bastones de sus piernas. Tenía los brazos levantados, con los puños de sombra prietos e iba golpeando la pared silenciosamente.

—Ya nunca más iré al país de las sombras —dijo Bobby, encantado—. *Ella* está allí.

Y cumplió lo que dijo.

Domingo 20 de agosto de 1989



BRAS ESCAS

re Sturgeon

estaba quieta. Algún día él también sabría hacer algo, una mariposa, un perro o un caballo, que se quedara allí quieto cuando él quitara las manos. Entretanto, lo único que permanecía, lo único que vivía en el país de las sombras, era esta cosa que fluctuaba allí, donde las dos paredes se juntaban en el techo.

—Voy a ir ahí y jugaré contigo —le dijo Bobby—. Ya verás.

En el patio había un cajón con tres ruedas y un árbol nudoso en el que era fácil encaramarse. Jerry vino y llamó durante largo tiempo. Pero Mami Given le despidió.

—Ha sido malo —dijo. Y Jerry se fue.

Malo, malo, malo... Era curioso cómo las cosas se habían vuelto malas desde que papaíto se casó con Mami Given. Mami Given no quería a Bobby. ¡Bueno! Tampoco Bobby la quería, a Mami Given. Papito decía a veces a las personas mayores que Bobby estaba mucho mejor con alguien que le cuidara. Bobby recordaba los tiempos en que lo decía con un brazo alrededor de los hombros de Mami Given, y una voz alegre. Recordaba, después, cuando papá lo decía andando de una parte a otra de la habitación, con una voz triste que parecía significar "lo siento". Y ahora, desde hacía mucho tiempo, papito ya no lo decía nunca.

Bobby, sentado en el borde la cama, canturreaba pensando en estas cosas, y también canturreaba sin pensar en nada absolutamente. Descubrió una mariquita que trepaba por la coqueta y le cerró con astucia el camino interceptándoselo con el índice y el pulgar, de modo que, ella misma, se metió en su mano. A veces, si se la toma entre los dedos, revienta. Se fue al antepecho de la ventana y buscó hasta encontrar el pequeño agujero de la persiana que podía haber empleado la mariquita para entrar. La dejó que se paseara por la persiana y la dirigió hacia el agujero. Voló, feliz, hacia el exterior.

La habitación estaba inundada por una luz cálida y apagada que reflejaba el techo negro y reluciente del cobertizo. De modo que no podía hacer ninguna figura en el país de las sombras y estuvo haciéndolas en su cabeza hasta que se sintió soñoliento. Entonces se echó en la cama y canturreó hasta que se quedó dormido. Y todo el rato, aquella cosa rara del ángulo de la pared fluctuó, se movió y estuvo viva.

Al anochecer volvió Mami Given. Bobby pudo oírla subir las escaleras, de modo que cuando abrió la puerta del cuarto oscuro, ya estaba sentado en la cama frotándose los ojos.

El techo brilló.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que dormía. ¿Es ya de noche?

—Pronto. ¿Tienes hambre?

—Mmmm...

—¿Qué manera de responder es ésta? —regañó.

—Sí, señora; tengo hambre, Mami Given —dijo rápidamente.

Llevaba un plato tapado.

—Esto ya está mejor. Vamos a ver. —Empujó el plato hacia él. Bobby lo tomó y quitó el plato que servía de tapadera, poniéndolo debajo. Gachas. Lo miró y luego la miró a ella.

—¿Bueno?

—Gracias, Mami Given. —Empezó a comer sirviéndose de la cuchara que encontró entre aquel amasijo gris castaño. No tenía azúcar.

—Supongo que esperas a que vaya a buscarte el azúcar —dijo ella al cabo de un rato.

—No... —dijo sinceramente, y se preguntó por qué su cara se habría puesto tan triste.

—¿Qué has estado haciendo durante todo el día?

—Nada. Primero jugué y luego me quedé dormido.

—Pequeño zángano —le chilló de repente—. ¿Qué pasa contigo? ¿Eres demasiado estúpido para tener miedo? ¿Eres tan tonto que ni me pides que te deje bajar las escaleras? ¿Es que no sabes ni llorar? ¿Por qué no lloras?

El la contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Si se lo hubiese pedido, tampoco me hubiese usted dejado bajar... —dijo—. Por eso no se lo he pedido. —Llenó su cuchara de comida—. Y no tengo ganas de llorar, Mami Given; no me duele nada.

—Eres malo, estás castigado y debería dolerte —dijo indignada. Apagó la luz con un golpe de su mano fuerte y dura y salió dando un portazo.

Bobby volvió a permanecer a oscuras y deseó poder ir al país de las sombras tal como había soñado. Se iría allí a jugar con las mariposas y los perros y las jirafas de felpa con dientes enroscados, y allí se quedaría él, sin que Mami Given pudiese entrar jamás. Sólo que papito tampoco podría venir y tampoco Jerry, y esto le daba mucha pena.

Saltó silencioso de la cama y miró un momento a la pared cerca de la puerta. Seguro que casi podía ver la cosa fluctuante que vivía allí, pese a la oscuridad. Cuando había luz, fluctuaba una sombra oscura, más oscura que la luz. Por la noche, fluctuaba una sombra más luminosa que la oscuridad. Siempre estaba allí y Bobby sabía que estaba viva. Lo sabía tan cierto como "que me llamo Bobby" y que "Mami Given no me quiere".

Quedamente, con mucho cuidado, fue de puntillas hasta el otro lado de la habitación, donde había una lamparilla de velador. La bajó y la puso cuidadosamente en el suelo. La desenchufó y pasando el cable por debajo de la alfombra que había junto a la mesa, lo extendió tirante a través del piso, hasta el enchufe de la pared, donde la conectó de nuevo. Así podía mover la lámpara, dentro del cuarto, casi hasta el centro.

La lámpara tenía una pantalla redonda que quedaba abierta en su parte superior.



Inclinándola sobre un costado, la sombra dirigía su extremo abierto hacia la pared blanca del lado de la puerta. Bobby, con la seguridad de su larga práctica, se dirigió en la oscuridad hacia su armario y extrajo de su percha la bata de franela de baño, que era de color rojo oscuro. La plegó y la arregló de modo que tapara el extremo inferior de la pantalla y encendió la lámpara. En el país de las sombras apareció un brillante disco de luz cruzado tan sólo por las cuatro aristas que sujetaban la pantalla. Había un punto oscuro en el centro, donde se encontraban. Bobby lo examinó concienzudamente. Entonces, acurrucándose entre la lámpara y la pared, sacó la mano.

—Un pato, guá, guá —musitó.

—Un águila. Aguila, agula; agula, águila —dijo apagadamente.

—Un lagarto. Bap, bap.

Hizo el lagarto que abría y cerraba su largo hocico.

Apartó las manos y estudió la redonda y enrejada claridad en la pared. La sombra borrosa del centro y sus líneas radiales le parecían un bicho de esos de agua, que llaman tejedores y que pueden andar sobre la superficie de los arroyos. Pronto le parecieron aburridos. Estaban allí, sin hacer nada. Se metió el pulgar en la boca y lo chupó hasta que se le ocurrió una idea. Entonces se fue al lecho, debajo del cual encontró sus zapatillas. Puso una en el suelo ante la lámpara y apoyó la otra con la punta levantada en ella. Miró hacia la pared gravemente durante un rato y luego se echó en el suelo, boca abajo. Mirando cuidadosamente la sombra, puso sus codos juntos sobre la alfombra, juntó los brazos y unió la sombra de sus manos con la sombra de las zapatillas.

El resultado le encantó. Se parecía a una araña y a un gorila. Era algo nuevo que nunca nadie había visto. Torció los dedos y los mantuvo así. Ahora la cabeza de la cosa estaba llena de bultos y tenía unos ojos triangulares luminosos y una mandíbula que oscilaba bostezando. Tenía largos brazos que se extendían y un delicado conjunto de tentáculos.

A la más pequeña indicación, se movía jugueteando con la cabezota y le hacía guiños. Al mirarlo se dio cuenta de que, de pronto, la cosa fluctuante que vivía en el ángulo superior de la pared se había escurrido y bajado hacia la bestia que él había creado, acercándose más y más hasta que, ¡diablos!, llegó a fundirse, sin meter ruido, con la misma bestia. Fue algo tan rápido y total como la fusión de dos gotas de lluvia en el cristal de una ventana.

Bobby movía los brazos, encantado:

—¡Para, para! —suplicaba—. Detente ahí. ¡Te acariciaré! ¡Te daré cosas buenas para comer! Por favor, para, *¡por favor!*

La cosa le miraba. Creyó que iba a detenerse, pero no se atrevía a mover las manos todavía.

Se oyó el ruido al abrirse la puerta y el golpe seco del conmutador eléctrico: la habitación quedó inundada por una explosión de luz.

—¿Qué estás haciendo?

Bobby se quedó helado, con los codos sobre la alfombra ante sí, los antebrazos unidos y las manos retorciéndose extrañamente. Apoyó la barbilla sobre el hombro y así pudo mirarla, mientras ella permanecía de pie allí, tiesa y amenazadora.

—Estaba, estaba solamente...

Se agachó hacia él. Lo agarró, levantándolo del suelo, y lo tiró sobre la cama. De una patada esparció las zapatillas. Levantó la lámpara tirando del cordón de la pared mientras decía con voz sibilante:

—Tenías prohibidos los juguetes. Esto quería decir que no podías inventarte ninguno. Y por haber hecho esto, te quedarás aquí... ¿Qué estás mirando?

Bobby extendió las manos y las puso juntas, manteniéndolas estáticamente unidas. Sus ojos centelleaban y sus pequeños y blancos dientes se asomaron para poder ver de qué se estaba sonriendo Bobby.

—¡Se ha parado! ¡Lo he hecho! ¡Se ha parado! —dijo Bobby.

—No sé de lo que me hablás y no voy a quedarme para averiguarlo —dijo Mami Given—. Creo que estás loco. —Se fue y cerró la luz.

La habitación quedó a oscuras, a excepción de la pared blanca, cerca de la puerta.

Mami Given dio un alarido.

Bobby se tapó los ojos.

Mami Given volvió a gritar, ahora roncamente. Era un sonido como el ladrido de un perro, pero más y más prolongado.

Hubo un largo silencio. Bobby, a través de sus dedos, miró hacia la pared, que resplandecía opaca. Bajó sus manos, se sentó muy tieso, levantó las rodillas hasta el pecho y pasó los brazos a su alrededor.

—¡Vaya! —dijo.

Se oyeron unos pasos que subían las escaleras.

—¡Given! ¡Given!

—¡Hola, papito!

Papaíto entró, encendiendo la luz.

—¿Dónde está Mami Given? Bob, hijo mío, ¿qué ha ocurrido? He oído un...

Bobby señaló la pared.

—Está allí dentro —dijo.

Papaíto no le comprendió, de modo que se volvió y corrió hacia la puerta gritando:

—¡Given! ¡Given!

Bobby seguía sentado, contemplando la sombra diluida de la pared, absolutamente visible, pese al destello de luz de la lámpara del techo. La sombra seguía moviéndose y moviéndose. Era un triángulo con el vértice hacia abajo, introducido también en un triángulo con el vértice hacia abajo, que estaba montado sobre un tercero y, por dentro, estaban los dos fuertes bastones de sus piernas. Tenía los brazos levantados, con los puños de sombra prietos e iba golpeando la pared silenciosamente.

—Ya nunca más iré al país de las sombras —dijo Bobby, encantado—. *Ella* está allí.

Y cumplió lo que dijo.

UN MICROMUNDO EN EXPANSION

Theodore Sturgeon no se considera un autor de ciencia ficción, sino de ficción, simplemente. Un estudioso norteamericano devela, aquí, el núcleo central de una obra inquietante.

Por Donald L. Lawler





Theodore Sturgeon ha sido un escritor de ciencia ficción durante cuarenta años. En las décadas del '40 y '50, Sturgeon escribió cuentos que remarcaban la dimensión personal y psicológica de la experiencia humana con la ciencia. Daba a sus lectores cuentos en los que trataba los problemas morales contemporáneos, así como también los que habrían de emerger con mayor claridad y definición en las décadas del '60 y '70. De muchas maneras se anticipó a los temas e intereses de la Nueva Ola al dramatizar la enajenación, los ritos de los adolescentes, la soledad, los poderes de curación del amor y la comprensión, los personajes minoritarios y sus intereses, los puntos de vista de la mujer, el matrimonio de los homosexuales y otras minorías sexuales, la revolución sexual implicada en una nueva ética de valores establecidos sobre la moralidad especulativa, y el liberalismo en problemas políticos, sociales y morales.

Sturgeon escribió una novela, *Más que humano* (1953), que logró el *status* de un clásico de ciencia ficción, pero probablemente se lo recordará más como un escritor de cuentos cortos. Empezó su carrera escribiendo historias extrañas y macabras con un fuerte acento psicológico, pues desde el principio estuvo interesado en el espacio interior más que en el exterior. Es uno de los escritores de ciencia ficción responsables de extender las fronteras del género hacia las ciencias suaves. Los blancos de crítica de Sturgeon son la mayor parte de las veces los poderosos y los influyentes que no son sensibles a las necesidades de quienes dependen de ellos.

Theodore Hamilton Sturgeon nació como Edward Hamilton Waldo en Staten Island en 1918, el año en que terminó la Gran Guerra. Es correcto que haya nacido en una isla: la soledad y la enajenación son dos temas persistentes en su obra. También es apropiado que un autor que deplora la violencia de la guerra y que ha hecho del arte de la curación y la reconciliación los centros de sus historias haya nacido el año del armisticio.

Sturgeon fue criado por el segundo marido de su madre, que además lo adoptó y le cambió el nombre por el de Theodore Hamilton Sturgeon. A la edad de quince años tuvo fiebre reumática, una dolencia que iba a cambiar el curso de su vida. Cada noche el padrastro obligaba a Sturgeon y a su hermano a leer durante más de una hora lecturas que cubrían un amplio espectro, en ficción y no ficción. Creyendo que no tenía condiciones para el estudio, su padre lo anotó en la Escuela Náutica del Estado esperando que al menos aprendiera un oficio útil. Al cabo de seis meses Sturgeon abandonó la escuela y se embarcó en un carguero como maquinista. Pasó los siguientes tres años en el mar, donde comenzó a escribir ficción y poesía. Ninguno de los primeros cuarenta y tantos cuentos que escribió pertenecen a la ciencia ficción. Seguramente por eso, Sturgeon nunca desarrolló esa mentalidad de gueto tan común entre los escritores de ciencia ficción antes de los años '60. El nunca se consideró un escritor de ciencia ficción sino simplemente un escritor de ficción.

Sus cuentos empezaron a aparecer a fines de 1939, y en 1948 se reunieron en *Sin brujería*. Entre los mejores cuentos de este volumen están *It* (1940), *Poker Face* (1941) y *Un dios microscópico* (1941). En 1940 Sturgeon abandonó la marina mercante y se estableció como escritor; ese mismo año, contra las objeciones de sus padres se casó con Dorothy Fillingame. Durante la luna de miel, Sturgeon escribió *It*, que llegó a ser un clásico de lo macabro. Después de *It* y antes de que las mareas de la guerra llegaran a América, Sturgeon escribió dos clásicos más. El primero fue *Shottle Bop* (1941), un cuento impregnado de la influencia de la imaginación de H.G. Wells, el Wells de *El huevo de cristal*. La unión de la ciencia y lo fantástico en la literatura no era nueva. Los ejemplos abundaban en el siglo XIX: Julio Verne, Edgar Allan Poe y Mary Shelley aparecen como mojones ineludibles. La contribución de Wells fue juntar lo científico con lo fantástico como formas de percibir y aun de creer. Eso es lo que Sturgeon aprendió de Wells.

El segundo de los clásicos de Sturgeon fue *Un dios microscópico*, un cuento que puso molesto al autor por su gran aceptación popular; él sabía que había escrito mejores textos. Una de las atracciones del cuento era su trama más tradicional en la ciencia ficción. Otra era que trataba del poder, quizás el tema arquetípico del género íntegro. En *Un dios microscópico*, Sturgeon parece haber alcanzado una de las tramas arquetípicas al crear la historia sobre un posible genio científico, Kidder. Todo lo que Kidder necesita hacer es pedirles a los Neotéricos que trabajen sobre un problema y ellos lo solucionarían experimentalmente. El cuento es notorio también porque introduce a los primeros héroes de Sturgeon para quien las vanidades del mundo son abandonadas por la búsqueda de la verdad, que satisface el alma.

Poco después de terminar *Un dios microscópico*, Sturgeon recibió una oferta para manejar un hotel en una isla británica del Caribe. Aceptó y se mudó allí con la familia pero el comienzo de la guerra interrumpió el breve idilio y Sturgeon se vio forzado a aceptar una serie de trabajos para mantener a la familia. Tuvo que manejar un tractor (bulldozer) en Puerto Rico. Esta experiencia lo llevó a escribir *¡Killdozer!* (en 1944) que está ubicado entre los mejores cuentos de terror y ciencia ficción, comparable a *Quién anda ahí* de Campbell. La historia está ubicada en las islas del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Una compañía tiene instrucciones de construir un aeropuerto y cuando comienzan las excavaciones encuentran las ruinas de un antiguo templo y accidentalmente dejan en libertad a una criatura prisionera ahí desde tiempos prehistóricos: una malévola, destructiva nube electrónica que habita el metal, especialmente las máquinas, y las utiliza para sus propios propósitos. Inevitablemente este némesis se aloja en el tractor, convirtiéndolo en una máquina asesina. Por supuesto, al final prevalecen la tecnología humana, el coraje y los recursos, pero sólo después de una serie de confrontaciones que puede perturbar al lector más calmo. La solución de Sturgeon es similar a la de Campbell con su extraño enemigo en *Quién anda ahí*. Cada uno de los autores a su vez, está en deuda con H.P. Lovecraft, especialmente por su novela *En las montañas de la locura*.

En sus historias de ciencia ficción, el tratamiento especulativo de Sturgeon con sus temas produjo una marcada característica que permaneció a través de cuatro décadas. La técnica que Sturgeon elaboró se puede ver en *Poker Face* (Cara de poker), la historia de Face, un extraño humano que posee psicopoderes (telepatía, telequinesis, control mental) que se ha refugiado en el mundo contemporáneo, huyendo de un lejano futuro. La historia es contada desde el punto de vista de un detective-patrullero que debe recobrar al fugitivo y devolverlo a su propio lugar en el tiempo. El lector no conoce la identidad del narrador ni el objetivo de su misión hasta el final de la historia.

El interés principal de *Poker Face* es la forma en que el fugitivo se ha escapado de un indeseable mundo futuro. Face explica que el tiempo es mejor concebido como duración que como dimensión wellsiana. Así como Sturgeon le ofrece al lector una analogía nueva del tiempo, también el desarrollo de la narrativa de *Face* depende de una analogía del tiempo como duración. Como ficción, el desarrollo de la historia en sí es una elaboración de la analogía de *Face*, por lo tanto una instancia del tema. En *Poker Face*, Sturgeon desarrolló la técnica de expandir una analogía a través de una serie de ejemplos hasta que sea aplicable a una clase integral: la parte, por lo tanto, representa el todo.

Sturgeon utiliza lo que podríamos llamar una "metáfora especulativa", como un medio de establecer la factibilidad de una premisa narrativa. En la mayoría de los casos Sturgeon utiliza el mecanismo de un personaje escéptico como un lector-diputado que se convence de la verdad o la justicia del punto de vista del narrador. El personaje del lector-abogado actúa como una especie de chivo emisario cuyas crecientes convicciones ayudan a ganar al lector al proceso especulativo mental de la historia. Esta convicción llega mucho después de que la analogía original ha sido dejada atrás, y el amable lector se ha rendido a la verdad del arte hacia la que Sturgeon ha estado trabajando en su historia.

En *Poker Face*, Sturgeon une a la analogía temporal y a la técnica de la metáfora especulativa, la visión extrapolada de un Estado futuro en el cual humanos especializados viven coperativamente como las células del cerebro. Por cierto, el mundo futuro de Face está descripto como los dos hemisferios de la mente. Tan bien reguladas están las vidas de la gente en el Estado, y la sociedad está tan delicadamente balanceada que la pérdida de uno de sus miembros arruina el balance de la totalidad. Es en estos términos que entendemos la misión del patrullero del tiempo. Face encuentra en la cultura del siglo XX una energía y una variedad de conductas totalmente ausentes de su propio mundo. Con la comprensión llega nuestra simpatía. Este proceso, con su intención final de compromiso y reajuste, es el método prototípico de la ficción de Sturgeon.

A pesar del éxito de *¡Killdozer!*, Sturgeon publicó muy poco entre 1941 y 1946, años que le trajeron dificultades económicas, una forzada separación de su familia y finalmente el divorcio. Un tiempo después encontró quién le publicara *Bianca's Hands (Las manos de Bianca)*, una macabra obra maestra que había escrito en 1939. Ganó un premio de 1000 dólares que daba la revista británica *Argosy* en la que el cuento apareció en 1947. El dinero fue bienvenido: pero el reconocimiento en este momento de la vida de Sturgeon no tenía precio, pues le dio al escritor la confianza que tanto necesitaba para seguir escribiendo.

Después de la publicación de *Las manos de Bianca*, Sturgeon continuó produciendo historias de ciencia ficción e historias macabras. Su trabajo en estas últimas lo llevaron en 1950 a la publicación de su primera novela, *Los cristales soñadores*. Es un libro imperfecto pero nadie que aspire entender a Sturgeon puede ignorarlo.

La novela toma, poderosa y efectivamente, el recurrente tema de Sturgeon del conflicto entre las figuras autoritarias adultas, represivas y destructivas, y la conciencia espontánea, creativa y vulnerable de un niño. El éxito de esta novela depende, en primer lugar, al impulso creador de Sturgeon, del personaje principal, Horty Bluett, en cuya infancia y adolescencia los potenciales realizados son la magia, el misterio, el bien, el mal y el encantamiento.

El intento de Sturgeon de aliar los valores estéticos con una ética biológica derivada, asoma en la novela pero no se desarrolla. La teoría es que la belleza estética debe ser percibida no sólo como un efecto artístico sino como una revelación de una filosofía del arte en armonía con la necesidad biológica y su contrapartida humana: la comprensión intuitiva e instintiva de la relación exacta entre la conducta natural y humana. Esta relación está explicada y dramatizada en esta novela y en muchos otros cuentos escritos entre los '50 y los '60. Es bueno señalar, en conexión con *Los cristales soñadores* que para muchos lectores de ficción, Sturgeon brindó un puente al insospechado mundo de la alta cultura, especialmente a la literatura de los siglos XIX y XX.

Más que humano, la mejor de las novelas de Sturgeon, surgió de un cuento: *Baby is Three* (1952). Sturgeon cambió el final original para permitir la elaboración necesaria y el desarrollo de sus temas y añadió una introducción llamada "El Idiota Fabuloso" y un movimiento final llamado "Moralidad". La división en tres partes es una ventaja porque soporta las etapas en el desarrollo, crecimiento y maduración del *homo gestalt*, el término de Sturgeon para una conciencia grupal funcionando e integrada. Sturgeon también sugiere paralelos entre la emergencia de su nueva especie, *homo gestalt* y el desarrollo de evolución histórico y social de la humanidad. Uno ve en *Más que humano* el cumplimiento de las especulaciones de Sturgeon sobre el desarrollo de un código ético-biológico que cubre la experiencia del homo sapiens. La universalidad de este código está demostrada en su aplicación al futuro *homo gestalt*. Cualquiera sean las reservas que un crítico serio pueda tener sobre Sturgeon, nadie puede ignorar su popularidad y su influencia. Durante años ha representado en ciencia ficción la mirada humana y liberal en oposición a la tendencia en el género a apoyar a la agresión militar y a adorar el desarrollo y el uso del poder. Sturgeon, sin embargo, está a favor del individualismo y cree que la buena ciencia solucionará los problemas de tecnología que la gente se está creando. En sus mejores historias él une especulativamente el pensamiento y la psicología, el deseo humano por la tecnología y un instinto de adoración. Sturgeon enfatiza la conducta y ofrece a sus lectores parábolas morales instructivas. Como escritor ha señalado nuevos caminos hacia nuevos desarrollos en el género al combinar las materias, los temas y las fórmulas de ciencia ficción con las ideas, tratamiento y rasgos estilísticos de la literatura corriente.

